

DOMINGO DE PASCUA
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
16 de abril de 2017
Hch 10, 34.37-43; Col 3, 1-4; Jn 20, 1-9

¡Jesús ha resucitado! ¡Celebramos, pues, con alegría la Pascua, hermanos y hermanas!

En la alegría de este día, quisiera fijar nuestra atención en tres afirmaciones que hacía el Apóstol San Pedro a la lectura de los Hechos de los Apóstoles.

La primera: Jesús *pasó haciendo el bien y curando a todos los* que estaban aquejados por algún tipo de daño corporal o espiritual. Es un resumen de la vida y de la misión de Cristo. También de su pasión, porque fue cuando tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras enfermedades para liberarnos, para curarnos (Mt 8, 17). Jesús hizo siempre el bien por amor a toda la humanidad. Y, ahora, resucitado, continúa haciéndolo en bien de todos.

La segunda afirmación de San Pedro sobre la que quisiera fijar la atención es: *Nosotros somos testigos de todo lo que hizo*, desde su muerte *colgado de un madero* y de su resurrección *entre los muertos*. Pedro y los demás discípulos que habían convivido con Jesús nos transmiten lo que vieron, sintieron y creyeron sobre su Maestro. Y concretamente nos han transmitido un testimonio de primera mano sobre la resurrección del Señor: *nosotros -decía Pedro- hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos*. Nosotros, los cristianos que no hemos convivido con Jesús en su vida terrena, hemos creído en este testimonio apostólico. Y sabemos que la resurrección de Jesucristo es el centro y la base de la fe cristiana. Como dice San Pablo, *si Cristo no hubiera resucitado nuestra fe está vacía* (1Cor 15, 14). Y el hecho de creer que Jesucristo ha vencido el poder de la muerte, es el fundamento de nuestra alegría y de nuestra esperanza en un mundo trastornado y lleno de dificultades, desde el momento que él ha vencido el dominio de los fuertes sobre los débiles y ha puesto a los pequeños en primer lugar.

La tercera afirmación de Pedro que quisiera destacar es: *Él nos encargó predicar al pueblo [...] que los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados*. Este mandato del Señor que recibieron los apóstoles también está dirigido a nosotros. Nosotros que creemos en Cristo resucitado debemos hacer conocer todo lo que él ha hecho por amor y el don de una vida nueva que ofrece a todo el mundo. Nuestro tiempo lo necesita con urgencia.

Con nuestra vida de amor y de misericordia arraigada en Cristo resucitado, podremos testimoniar ante nuestros contemporáneos que en Jesucristo *está la vida y que la vida es la luz de los hombres* (Jn 1, 3-4). Cada año por Pascua, después de haber vivido con fe el misterio de la muerte y la resurrección del Señor, somos enviados, como los apóstoles, a ser portadores de la *luz*, de la alegría y de la esperanza que nos vienen de Jesucristo. Esto pide que continuemos en nuestra conducta la obra de hacer el bien como hizo Jesús. Debemos contribuir a suavizar con nuestro amor las dificultades y el dolor de los que tenemos cerca y de todos los que estén a nuestro alcance. Para que la celebración festiva de la pascua no sea una fuga momentánea, una evasión, de la cruda realidad de los problemas y del mal que hay en el mundo. Nuestro compromiso es consecuencia de la certeza inquebrantable que Cristo, después de haber vencido a la muerte por medio de la muerte y de haber resucitado, está con nosotros *todos los días hasta el fin del mundo* (Mt 28, 20). Por ello, ante el terrorismo, las guerras y la violencia, ante los sufrimientos y la angustia de las víctimas de lejos y de cerca, ante

tantas situaciones de dolor y de desamor, nosotros, los cristianos, tenemos el deber por amor de hacer todo lo necesario para superar estas situaciones. En medio de un mundo en muchos sentidos absurdo, estamos llamados a ser testigos de amor, de justicia, de verdad, del valor trascendente de cada persona humana. Debemos testimoniar que las lágrimas pueden transformarse en esperanza, la desesperación en acción benefactora, la oscuridad en la aurora de una mañana; debemos testimoniar que la vida es más fuerte que la muerte. Todo esto lo tenemos que hacer con la fuerza que nos viene de la fiesta de Pascua, de la victoria de la vida sobre la muerte, de la paz sobre la violencia y la guerra, del bien sobre el mal. No confiando en nuestras solas fuerzas, sino en Cristo resucitado que quiere derramar sobre el mundo, a través de los cristianos, su amor indefectible, su misericordia infinita, su gracia inagotable para que el Evangelio de la liberación y de la paz se extienda de un extremo a otro de la tierra (cf. Bartolomé de Constantinopla, Mensaje de Pascua 2016: OR 04.28.2016, p. 6).

La Eucaristía, que es el centro de la vida y de la espiritualidad del Pueblo cristiano, está indisolublemente ligada a la resurrección del Señor. Por eso tiene siempre un tono festivo y gozoso, y nutre la fe, mueve a la adoración, implica un trabajo en bien de los demás. Efectivamente, la Eucaristía hace presente al Resucitado en medio de la asamblea que celebra, lo hace presente, también, en la Palabra que es proclamada, lo hace presente en el pan y el vino sobre los que se invoca el Espíritu Santo para que los conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

En la Eucaristía de esta mañana de Pascua, dos escolanes recibirán por primera vez el Cuerpo y la Sangre de Cristo, Gabriel Bosch y Oleguer Oriol. Todos nosotros los llevaremos en la oración para que sepan acoger con alegría el don que Jesús les hace al darse a ellos en el pan y el vino eucarísticos y que sepan ser siempre amigos fieles suyos y ayudar como él a los otros. Lo deseamos por los dos escolanes que hacen la primera comunión, pero es algo que nos toca a todos. Todos hemos de acoger con amor a Jesucristo y agradecerle los dones que nos ha hecho incorporándonos por el bautismo a su misterio pascual, todos debemos ser testigos de su resurrección y de su palabra evangélica, todos tenemos que pasar por el mundo haciendo el bien, irradiando la luz que nos viene de él y comunicando a los demás el amor y la misericordia que él tiene hacia todos.